

1

Reinaba el caos en la granja reconvertida durante la última mañana de la vida del doctor Stephen Frys. Los cajones de la cómoda colgaban abiertos en su dormitorio, a oscuras excepto una goteante vela gracias a las ventanas aún cerradas. Había toallas caídas por todo el baño, pero la bañera no estaba mojada; se había lavado en el lavabo a fin de poder oír cualquier sonido sospechoso de fuera de la casa. La cama estaba tan imaculada como cualquier mañana normal, pero sólo porque el profesor no había dormido en ella.

El doctor Frys incluso se había saltado su muy querido té de la mañana, tomado con limón, azúcar, tostadas y la incomparable vista de las Highlands, las Tierras Altas de Escocia, una tradición que se remontaba a la primera mañana que él y su difunta esposa habían pasado en la Whistlecrack House hacía treinta y un años.

La sangre – gracias a una mano temblorosa durante su afeitado – manchaba su barbilla y el lunar de su mejilla izquierda cuando bajó pesadamente la estrecha escalera. Escuchó la silenciosa y oscura casa y sólo oyó el viento fuera.

Dejó caer su polvorienta maleta en el suelo de la cocina con un ruido sordo, luego se quitó las gafas de montura negra y las limpió con su pañuelo, un gesto que cualquiera de sus estudiantes más antiguos sabía que significaba una pausa en su clase mientras el profesor le daba vueltas a algo en su cabeza. Mientras volvía a guardarse el pañuelo se palmeó el bolsillo, asegurándose de que su teléfono móvil estaba todavía allí.

Lo primero que miraba cualquier visitante de la Whistlecrack House que se parara en la cocina era la chimenea. Casi lo bastante grande como para preparar por ella si uno se comprimía un poco, llenaba toda una pared, un gran arco de ladrillo con puertas de hierro forjado, un espetón, hierros, y estantes para hornear, rustir o freír la comida.

La noche anterior la chimenea había rugido. Amarillento papel tras amarillento papel, bloc de notas tras bloc de notas, resmas de investigaciones fotocopiadas, incluso viejas copias a papel carbón, habían llameado naranjas-amarillentas, se habían retorcido, ennegrecido, y luego

convertido en una fina ceniza gris casi tan rápidamente como él podía alimentar el fuego.

El doctor Frys comprobó la ennegrecida masa dentro de la chimenea. Una parte sustancial de su vida yacía en el aún humeante montón. Sondeó la pila con un atizador, y observó el primer estallido del reavivado fuego cuando expuso al aire las últimas hojas mecanografiadas aún no quemadas. Removió la masa para asegurarse de su completa destrucción.

La vida reserva sus mejores chistes para el final. Las cenizas eran todo lo que quedaba de la investigación que en su tiempo lo habían convertido en algo parecido a un chiste en su profesión..., hasta que abandonó sus intentos de abrir todas aquellas mentes confortablemente cerradas. Pero ahora aquella misma investigación había resultado ser de inesperado interés para una serie de hombres despiadados de mirada dura. Siempre había tenido a medias miedo de los secretos que había puesto al descubierto, pero después de tres décadas en las que ni siquiera un estudiante graduado le había preguntado acerca de su trabajo sobre los Méne, lo había olvidado también a medias. Él y Von Croy habían tenido que abandonar su investigación sin publicar nada acerca de ella, habían dejado las espantosas revelaciones allá donde nadie pudiera encontrarlas nunca.

Pero ahora la gata había salido del saco..., y había tenido furiosos gatitos.

Comprobó el reloj, tomó su teléfono móvil, marcó. Todavía no eran ni siquiera las ocho, pero no costaba nada comprobar.

Sólo el contestador automático de nuevo, y ya había dejado un mensaje.

El doctor Frys pasó ligero junto a una pared color crema cubierta con fotos de familia, con un óvalo de un tono ligeramente más claro que el resto de la pared alrededor de un alcayata vacía, y fue al salón delantero. Sin abrir las cortinas, miró a través de la estrecha rendija entre cristal y colgante tela, hizo una mueca cuando la luz del sol hirió sus ojos. Repitió el proceso al otro lado de la ventana.

Ningún signo de ellos.

La nota para que la encontrara la policía –o ellos– estaba en la repisa de la chimenea. Una copia idéntica permanecía doblada en el interior de una pequeña caja de plástico de película de 35 mm que había puesto en el desagüe de la cocina, bloqueándolo. Aunque la policía no la encontrara, los nuevos propietarios sí lo harían.

Tomó su maleta y se dirigió al garaje, el último cambio en la casa que su amada esposa Emme había vivido para ver. Abrió la puerta de co-

nexión con un rápido movimiento. Sus ojos barrieron el garaje en penumbra, comprobando la condición de su única ventana antes de entrar.

El viejo y potente Merkur lanzó un *bip* de reconocimiento cuando desactivó su alarma. Colocó su maleta en el maletero y lo cerró con un suave *clic*. Abrió el capó del motor y tomó su maletín de donde lo había escondido la noche antes, encima de los depósitos de los líquidos. Habían manchado el gastado cuero.

Subió al coche, cerró la puerta tan suavemente como había cerrado el maletero, e inspiró profundamente cuando la llave se deslizó en el contacto.

Entonces vino la tentación. De nuevo.

¿No sería más fácil simplemente arrojar el contenido del maletín al fuego y aguardar, con el motor en marcha, en el garaje cerrado hasta escapar al sueño que tan desesperadamente necesitaba? El olvido. No más ojos extraños vigilándole mientras hacía sus compras, no más miradas curiosas de la policía cuando les hablaba de ladrones que no se habían llevado nada, no más temeroso escuchar cada crujido de la vieja casa. Un corazón más joven podría reunir el valor para luchar contra ellos, pero su viejo corazón con su válvula mala...

Casi demasiado esfuerzo para echar a correr. Volvió a ajustar sus gafas en el puente de su nariz. No. No era sólo su vida y su cordura lo que amenazaban. Cuando había visto aquel maldito monóculo se había dado cuenta de hasta cuán cerca se había extendido la podredumbre...

Buscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó su móvil y lo colocó en el soporte del tablier, comprobó en el indicador que la batería estaba al máximo y puso en marcha el coche. Con suerte, y no podía haber gastado toda la que le correspondía en sesenta y ocho años de vida, se reuniría con ella en Londres antes de su vuelo. Von Croy siempre había hablado muy bien de ella. Personalmente, Frys siempre la había considerado un poco como una bala perdida, por decirlo suavemente. Nadie dudaba de su talento, sus conocimientos, su valor. Pero sus métodos eran tan... *poco ortodoxos*. Esas pistolas que llevaba — y que, según las revistas, no dudaba en usar —, no las consideraba unas herramientas adecuadas para una arqueóloga seria. Pero ahora las mismas cualidades que habían hecho que viera a Lara Croft con suspicacia le habían decidido a buscar su ayuda.

La puerta eléctrica del garaje respondió al mando en su parasol.

No aguardó a que se abriera del todo, sino que hizo retroceder el coche tan pronto como creyó que se había alzado lo suficiente. Calculó mal. Arrancó la banda de plástico contra el mal tiempo sujeta al fondo de la puerta, oyó el astillar de la madera cuando la puerta raspó contra el techo del coche mientras salía al exterior y hacía la maniobra en la grava del camino de acceso.

El reflejo del sol en un parabrisas allá en la carretera lo sumió en el pánico. Un sedán venía desde el norte. Olvidó cerrar de nuevo la puerta del garaje mientras daba la vuelta y se metía en el camino de acceso, luego pisó el acelerador. La gravilla salió disparada por los neumáticos. El coche culeó al final del camino y golpeó de lado el poste del buzón de correos rural blanco con «Whistlecrack House» pintado en verde con letras caseras a cada lado.

Un deportivo plateado apareció al sur de su camino, brotando de su escondite para bloquear la estrecha carretera de montaña. El conductor le miró directamente desde debajo de su capota de lona, desafiándole a chocar contra el costado de su pequeño deportivo. Frys giró hacia los arbustos sin hojas detrás de los cuales había estado escondido el pequeño coche y los atravesó, luego giró de nuevo de vuelta a la carretera y serpenteó a lo largo de la ladera de las colinas escocesas.

El sedán y el deportivo plata iban directamente tras él. Con un fuerte acelerón, el deportivo le rebasó, pasando por su derecha demasiado rápido para que Frys pudiera hacer nada excepto patinar en la gravilla de la cuneta; luego ya estaba delante de él. Sus luces de freno destellaron, y él pisó sus propios frenos mientras el sedán se lanzaba contra él, con el sonido de sus neumáticos parecido al maullar de un gato callejero. Arrastró al Merkur contra el lado de la montaña, tuvo un destello de la mejilla picada por la viruela del conductor del sedán un segundo antes de que su airbag entrara en acción, golpeándole el rostro y enviando sus gafas a la parte de atrás de su cabeza.

Luchando contra el aturdimiento, Frys manoteó hacia abajo la blanca masa del airbag, vio imágenes confusas de hombres saliendo del sedán y del deportivo. Uno que rodeó el costado del coche llevaba una barra de hierro... o quizá una pistola. Era imposible decirlo sin sus gafas.

Todavía quedaba una salida.

Puso la marcha atrás, ignoró el horrible chirriar del neumático delantero izquierdo y pisó el acelerador. ¡Bang! Dio un salto, no seguro de si había sido un tiro o el neumático que había reventado. Pero el coche se estaba moviendo, y él aún estaba vivo... Mantuvo el volante completamente recto a conciencia, dirigiendo el Merkur cruzando la carretera y por la empinada ladera de la montaña.

La vida reserva sus mejores chistes para el final, pensó de nuevo el profesor (emérito) Stephen Frys mientras el coche empezaba a deslizarse ladera abajo al discordante sonido de la suspensión haciéndose pedazos. Luego se puso vertical y dio una vuelta de campana y empezó a dar tumbos. Se le ocurrió que no había apretado su maletín contra su pecho, y tanteó ciegamente en su busca. Pero entonces un fuerte *tump* como un bate de críquet golpeando contra la parte de atrás de su cabeza trajo para él el olvido que había rechazado sólo unos momentos antes, allá en el garaje.